



Los refugios unipersonales que caracterizaban las aceras de Hanoi han sido rellenos de tierra al cesar los bombardeos. Pero, según el alcalde de la capital norvietnamita, volverían a estar listos en menos de dos horas, si fuera necesario.

Revolucionario Provisional y los norvietnamitas: aquéllos acusaban a éstos de haber aceptado la tregua y las bases del tratado según su propia conveniencia. Los combatientes del Gobierno Revolucionario Provisional eran más radicales y entendían que la continuación de la guerra hubiera conducido finalmente a la caída definitiva de Thieu y a la aislación directa en Saigón de un gobierno popular. Puede que no fueran descaminados. De todas formas, ese enfrentamiento, si realmente lo hubo, no sobrepasó las áreas locales.

DE lo que cabe poca duda es de que son ahora las partes esenciales del combate, el Grupo Revolucionario Provisional y Saigón, los que se encuentran frente a frente, en el terreno de combate y en la mesa de conferencias. Los tratados se han cumplido en todo lo demás, y el balance que puede hacerse ahora, a los dos meses del alto el fuego, es el que queda enunciado. La sensación que da es que todo el montaje se ha hecho principalmente para justificar la retirada de los Estados Unidos y la recuperación de sus prisioneros sin «pérdida de cara», como tanto se ha dicho —¿dónde estaba ya, a aquellas alturas, la cara de los Estados Unidos!—, y de forma que pueda seguir manteniendo en el futuro su influencia, aunque vaya a estar compartida con otras naciones. Con Japón, desde luego, y con China y la URSS.

EL futuro inmediato resulta más difícil de predecir que el lejano. A largo plazo se puede adivinar una reconciliación nacional vietnamita, bajo un régimen democrático y un gobierno de coalición; a largo plazo, a mucho más largo plazo, se ve que Indochina entera puede estar reunificada bajo un régimen cuya forma sería ahora muy difícil de definir, pero que no será inmediatamente comunista: una especie de socialismo de transición. Pero a corto plazo, entre aquí y junio, no se sabe lo que puede suceder: quizá combates, quizá mucha más violencia, incluso la posibilidad de que los bombardeos americanos se reanuden durante algún tiempo. Hasta que las cosas vuelvan a ser como las tienen planeadas las grandes potencias mundiales. Más o menos.

ITALIA

EL CONVENIO DE LOS METALURGICOS

Tras ciento sesenta horas de huelgas «articuladas» en las fábricas metalúrgicas italianas, tras seis meses de luchas, diez manifestaciones, tres conferencias y un mes de negociaciones, un millón y medio de metalúrgicos italianos dan un suspiro de alivio.

Su sindicato, la Federación Unificada de Metalúrgicos (FLM), acaba de obtener, al menos por lo que se refiere a las industrias estatales, algo que ningún gobierno europeo había concedido hasta ahora: treinta y nueve horas de trabajo por semana en la siderurgia, un aumento uniforme de salarios, del orden de las 1.600 pesetas, y una escala fija y única de remuneraciones para obreros y empleados. Este último punto es especialmente revolucionario, pues hasta ahora, el corporativismo obrero y el del sector «terciario» habían sostenido duelos a muerte cada vez que surgía algún conflicto.

La lucha ha sido ejemplar (movimientos huelguísticos, seguidos por un 90 por 100 de los obreros), y las negociaciones, también: los

dirigentes discutían con el ministro de Trabajo, mientras que, en una habitación contigua, trescientos delegados de las fábricas se turnaban día tras día para escuchar los informes de sus dirigentes. Ahora sólo queda negociar un contrato (convenio colectivo) con la industria privada. La resistencia de los patronos no podría ser más encarnizada: en seis meses, los «privados» han despedido a cerca de dos mil trabajadores.

Pero la F. L. M. ha tomado dos importantes iniciativas: montar en cada ciudad, próxima a alguna empresa metalúrgica, una tienda de lona en la plaza central, para explicar a los demás trabajadores y al resto de la población las razones de la lucha de los metalúrgicos; ocupar durante veinticuatro horas los fines de semana todas las fábricas para abrir las al mundo exterior, a los estudiantes, a los parados, a los comités de barrios, a los trabajadores de otros sectores.

El convenio de 1973 de la industria metalúrgica italiana puede servir de ejemplo para toda Europa.

TURQUIA

MILITARES Y CIVILES

Once veces, durante cerca de un mes, han votado ya los parlamentarios turcos para elegir nuevo presidente de la República, y, hasta ahora, ningún candidato ha encontrado la mayoría absoluta. Es un problema entre militares y civiles.

Turquía es una encrucijada de problemas. Los tiene muy profundos, económicos y sociales (es el país más subdesarrollado de la OTAN); sus intereses son mitad europeos, mitad asiáticos; país fronterizo de la guerra fría, tiene a la URSS como vecino poderoso y a los Estados Unidos como huéspedes militares. Todo este tipo de contradicciones se congela con una dictadura fuerte: la de Menderes fue feroz, y las contradicciones pudieron más que él: murió ahorcado. Turquía pensó que podría entonces entrar en la democracia, la coexistencia y el desarrollo. Nada menos cierto. Su situación seguía siendo clave, y las reivindicaciones sociales se confundían fácilmente con comunismo, y podían ser atribuidas a «influencias exteriores». A las manifestaciones de petición de aumento de salarios se respondía con la proclamación del estado de sitio, y a éste, con el terrorismo, la guerrilla urbana y los secuestros. En marzo de 1971, el ejército dio medio golpe de Esta-

do: esto es, empujó a los civiles a que resolvieran la situación con la amenaza alterna de tomar el poder. Cayó el gobierno de Demirel (partido de la Justicia), se formó un gabinete de técnicos y comenzó la represión: centenares de detenciones, periódicos suspendidos, partidos fuera de la ley, penas de muerte cumplidas (a pesar de las protestas mundiales, en algunos casos). Terminó el terrorismo, terminó la agitación social, aunque no terminaran sus causas profundas.

Al terminar el mandato presidencial de Sunay, los militares decidieron presentar su propio candidato. El general Gurler dimitió de su puesto de jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, fue nombrado senador por el presidente saliente, y reunió así las condiciones civiles necesarias para la presidencia. Pero Demirel —el hombre que fue derribado por el golpe de Estado— decidió presentar un candidato de su partido, el presidente del Senado, Tekin Arburun, a pesar de estar vetado por los militares. En las sucesivas votaciones, Arburun ha obtenido siempre más votos que el general Gurler, pero no los suficientes (no la mayoría absoluta) para ser elegido. El Parlamento repite una y otra vez sus votaciones (la elec-